

Ser ama de casa

En la escuela muchas veces oí a mis alumnos responder –ella no trabaja– al preguntarles sobre la profesión u ocupación de sus mamás.

Entonces me gustaba aclararles: -trabaja en la casa, ¿no?, luego es ama de casa. Se lo decía pensando lo poco que valoraban la actividad sin término de la mujer en el hogar. Y creo que esa subvaloración está muy generalizada.

Cuando un matrimonio proyecta su vida en común y decide que la esposa no trabaje en algo remunerativo y se dedique a su casa, espera que esto garantice un determinado estilo de vida en el hogar, más cálido, más estable. La disponibilidad de ella entonces apoyará la vida de los demás a condición de mantener conscientemente su espíritu de servicio a los miembros de la familia y un recto concepto de su propia dignidad.

Las tareas de la casa no la pueden absorber de forma que pierda el equilibrio que pone a las personas como centro de atención, ella misma incluida. La limpieza, el orden, la búsqueda y preparación de alimentos, en fin, “la casa” han de ser para ella y su familia; nunca ellos para la casa.

Se supone que cuando regresan los que salen a trabajar o estudiar fuera del hogar, necesitan encontrar paz para reponerse. El “ama” de la casa es la que puede presentarles la cara sonriente, el oído atento, la comprensión y propiciar el necesario momento de intercambio. Si logra un ambiente relajado será más fácil que los recién llegados mantengan los hábitos de orden y de colaboración que facilitan la vida en común. Porque todo no depende de ella.

El trabajo del ama de casa se ha hecho muy difícil, es multioficio: cocina, limpia, lava, plancha, hace compras de alimentos cuando llegan, no cuando ella dispone; muchas veces con incomodidades en la vivienda; a veces con dificultades de electricidad, agua, gas; si hay niños pequeños debe atender a las entradas y salidas de la escuela... Si los otros miembros de la familia piensan que ella “no trabaja” llegan a pedirle una actividad incesante que gasta sus energías espirituales. En la oración ella encuentra la energía para disponer sus fuerzas y para determinar el tiempo de descanso, de reposo, que necesita. Creo que ni ella ni los demás miembros deben revisar su aporte al bienestar común enumerando lo que han hecho durante el día, sino valorando la alegría alcanzada para cada uno en la pequeña comunidad familiar. La oración que la mantendrá unida se eleva más fácilmente en medio de la paz de la pequeña iglesia doméstica.

Estas reflexiones se me han ocurrido ante matrimonios y familias que he visto separarse. Pienso que estas y otras cosas no se explicitan durante el noviazgo, la vida cotidiana los sorprendió con sus rigores y no supieron acudir al Señor para sobrellevarla, para descubrir la “poesía” de la vida diaria. Si además, al casarse se alejaron de su comunidad de fe, nadie los ayudará, pues los criterios que se expresan en nuestra sociedad y los que transmiten los medios de comunicación, salvo pequeños chispazos en *Para la vida*, llevan a todo lo contrario.

Pienso también en nuestras comunidades, ¿ayudamos a los jóvenes a enfocar la vida matrimonial con realismo cristiano?

*Dra. Ana Smith Foyo
Comunidad San Juan Bosco*